



«Entretenida y basada en una investigación magnífica»
The Times

CÓMO MANEJAR A TUS ESCLAVOS

MARCO SIDONIO FALCO

EN COLABORACIÓN CON

JERRY TONER

PRÓLOGO DE

MARY BEARD



ÍNDICE

Prólogo, por Mary Beard

Nota del autor

Nota del comentarista

Introducción. Sé el amo

Capítulo I. La compra del esclavo

Capítulo II. Saca el máximo partido de tus esclavos

Capítulo III. Sexo y esclavos

Capítulo IV. Cómo se hace un buen esclavo

Capítulo V. Los esclavos y el castigo

Capítulo VI. Cuando la tortura es lo único que funciona

Capítulo VII. Diversión y juegos

Capítulo VIII. ¡Acuérdate de Espartaco!

Capítulo IX. La liberación de los esclavos

Capítulo X. El problema de los libertos

Capítulo XI. Los cristianos y sus esclavos

Epílogo. Despedida

Bibliografía

Notas

Créditos

PRÓLOGO

Nunca me he tropezado con Marco Sidonio Falco, pero conozco a los de su clase. En el mundo romano vivía mucha gente como él, propietarios de enormes cantidades de esclavos que, en la mayoría de los casos, ni siquiera se cuestionaban la esclavitud. Era algo completamente normal, una costumbre que formaba parte del orden social establecido. Pero los romanos tenían sus propias ideas sobre los esclavos: cómo controlarlos y cómo exhibirlos delante de sus amistades. Y los más listos (y en este grupo se incluiría a Falco) podían sentirse incluso un poco aterrorizados por ellos. Les preocupaba lo que los esclavos pudieran hacer a sus espaldas, así como dónde estaban los puntos de posible conflicto en el seno de la antigua cultura romana. «Todos los esclavos son enemigos», decía un famoso lema romano que Falco conocía muy bien. Y en un famoso suceso acontecido durante el reinado del emperador Nerón, un plutócrata romano murió asesinado en manos de uno de los cuatrocientos esclavos de su propiedad. Falco, como pronto usted descubrirá, nunca se acostaba completamente tranquilo, por mucho que el castigo por un crimen de ese calibre fuera la pena de muerte para la totalidad del servicio de la casa.

Me sorprende un poco que Falco y Toner se llevaran tan bien. Falco es un aristócrata, mientras que la familia de Toner —o eso me ha asegurado él— tiene sus raíces en las clases oprimidas por la élite británica («procedo de un campo de patatas irlandés», me ha contado). Pero hay que re-

conocerles a ambos, supongo, que hayan conseguido hacer buenas migas a pesar de sus diferencias políticas. Existían, por supuesto, propietarios de esclavos muy distintos a Falco. Había miles de pequeños comerciantes y artesanos que tenían solo uno o dos esclavos. Y muchos de esos esclavos acabaron convirtiéndose en libertos e incluso casándose luego con quienes habían sido previamente sus propietarios, tanto hombres como mujeres. También en el nivel de Falco, encontramos secretarios y asistentes personales esclavos que vivían mejor que los romanos libres pobres que intentaban ganarse el jornal trabajando en los muelles o vendiendo flores baratas en el foro. Resulta interesante que muchos pobres libres se lanzaran a las calles para manifestarse, sin éxito, contra el castigo (estrictamente legal) de aquellos cuatrocientos esclavos. Pero Falco nos habla sobre la mano de obra esclava masificada.

En la actualidad, se nos hace complicado comprender las múltiples dimensiones de las relaciones entre hombres libres, esclavos y antiguos esclavos (ya era complicado entonces). Pero podemos hacernos una pequeña idea de lo que los romanos ricos pensaban de sus trabajadores esclavos, y Falco es una de las guías más fiables de las que disponemos para comprender lo que los romanos consideraban con orgullo la tradición del «manejo de esclavos». Con su trabajo, Falco pretende compartir con nosotros los beneficios de su experiencia, lo que supone un buen punto de partida para conocer este fenómeno.

Por suerte, el mundo ha evolucionado. El texto de Falco, no obstante, ofrece una perspectiva auténtica —lo más auténtica posible— sobre un aspecto fundamental de la vida de Roma y su imperio. De haber sido publicado hace dos mil años, su trabajo habría alcanzado los primeros puestos de las listas de ventas. Es muy posible que al lector moderno le cueste dominar sus prejuicios, pero más allá de la retórica optimista, descubrirá que Falco no era del todo

una mala persona, al menos según los parámetros de su época.

Y Falco, por otro lado, también apunta con su dedo hacia nosotros. Algunos de sus puntos de vista siguen resultándonos de utilidad para manejar a nuestro propio «personal». ¿Realmente existe tanta diferencia entre los «esclavos salariales» y los «esclavos»? ¿Tan distintos somos de los antiguos romanos?

MARY BEARD

Cambridge, abril de 2014

NOTA DEL AUTOR



Mi nombre es Marco Sidonio Falco y nací de noble cuna, mi tatarabuelo fue cónsul y mi madre descende de un antiguo linaje senatorial. La familia recibió el nombre de Falco —«la Garra»— por su tenacidad por aferrarse a las cosas. Durante cinco años, serví con distinciones en la Legión VI «Ferrata» y mis campañas me llevaron a combatir contra las problemáticas tribus orientales antes de regresar a Roma para ocuparme de mis asuntos y de mis tierras en Campania y la provincia de África. Mi familia ha sido propietaria de innumerables esclavos durante innumerables generaciones. Y no hay nada que no sepamos sobre cómo manejarlos.

Con el objetivo de escribir para un público no romano, me he visto obligado a utilizar los servicios de un tal Jerry Toner, un maestro de una de nuestras desdichadas provincias del norte, que tiene algunos conocimientos sobre la forma de vida de los romanos, pero comparte escasas virtudes con nosotros. De hecho, nunca había encontrado un hombre tan blando fuera de la clase servil: jamás en su vida ha combatido en batalla, apenas es capaz de beber una ánfora pequeña de vino aguada y se rebaja a tal nivel que incluso limpia personalmente el trasero de su hijo antes que dejar una tarea tan desagradable como esta en manos de los esclavos y las mujeres. Tiene, sin embargo, la bendición de estar casado con una esposa de gran belleza e inteligencia (por mucho que tal vez sea más atrevida en sus opi-

niones de lo que una mujer debería ser), y le estoy tremendamente agradecido por haberme ayudado a conseguir que mi texto sea comprensible para los lectores bárbaros.

MARCO SIDONIO FALCO
Roma, *pridie Idus Martias*

NOTA DEL COMENTARISTA



La existencia de Marco Sidonio Falco puede ser tema de debate académico, pero la realidad de sus opiniones queda fuera de toda duda. Nos aportan el punto de vista de los romanos sobre la esclavitud. La esclavitud fue una institución clave en el mundo romano durante toda su existencia. Tan trascendental era que nunca nadie se planteó su existencia. Tener esclavos era tan normal como votar a los conservadores en Wiltshire o a los laboristas en Hampstead. Por desgracia, no sabemos qué pensaban los esclavos, puesto que su opinión carecía de importancia. Pero sí sabemos muy bien lo que sus amos romanos pensaban de ellos. La esencia de las palabras de Marco sobrevive en los textos romanos sobre la esclavitud, pero no es ni mucho menos un calco. Las fuentes a las que me refiero suelen ser oscuras y de difícil interpretación. Pero el texto de Marco es un claro y sencillo manual para manejar a los esclavos a la manera romana. Huelga decir que el hecho de que yo haya colaborado en su publicación no significa que apruebe su contenido.

Trabajar con Marco ha sido difícil. Sostiene puntos de vista fuertes y desabridos y se niega a aceptar que podrían estar equivocados o ser poco éticos. Pero según los parámetros romanos, Marco era un hombre decente. Su texto nos muestra que el mundo romano, a pesar de la familiaridad que aparentemente guarda con el nuestro, puede re-

sultar sorprendente. Y nos muestra, además, la enorme complejidad de la institución de la esclavitud.

Marco se ha negado a revelar su edad: sus opiniones son, en general, una amalgama de puntos de vista que abarca varios siglos, aunque en su mayoría parecen extraídos del imperio durante los siglos I y II d. C. He añadido breves comentarios a sus palabras al final de cada capítulo con el fin de aportar cierto contexto a sus consejos y (en parte por el bien de mi propia reputación) contradecir sus opiniones más recalcitrantes. Dichas opiniones, junto con las lecturas complementarias que se citan al final del libro, guiarán a aquellos que estén interesados en indagar más a fondo en las fuentes primarias subyacentes y las discusiones modernas.

JERRY TONER
Cambridge, abril de 2014

INTRODUCCIÓN

SÉ EL AMO



Hace apenas unos meses, me sucedió algo extraordinario en los jardines de mi villa. Fue un hecho tan extraño y me incitó hasta tal punto a la reflexión que, como consecuencia de ello, acabé escribiendo este libro. Resulta que tenía alojado en mi casa a un miembro de una tribu germana, un alano, para ser más exactos. Te preguntarás* qué hacía un hombre de mi rango como anfitrión de un miserable bárbaro, pero aquel hombre no era un germano normal y corriente. Era un príncipe que había viajado a nuestra gran ciudad de Roma como integrante de una embajada que deseaba rendir homenaje al emperador. Cansado de tantas charlas triviales en torno a los beneficios del pantalón y otros temas tediosos que solo interesan a los de su clase, nuestro gran líder me había pedido que alojara en mi casa al visitante extranjero hasta que regresara a ese pantano apestado que consideraba su hogar.

Estábamos dando un tranquilo paseo por el amplio parterre de la parte posterior de la villa mientras le explicaba a mi invitado —en latín sencillo, para no confundirlo—, los diversos héroes mitológicos que representaban las estatuas de mármol. Y entonces sucedió. Como estaba concentrado con la estatuaria, no vi que en medio del camino había una azada. Cuando pisé el extremo metálico, el mango de madera salió proyectado contra mi pantorrilla y grité,

más del susto que del dolor. Un esclavo, que estaba por los alrededores y que era quien había dejado allí la herramienta, sonrió con suficiencia al verme saltar sobre una pierna. Naturalmente, monté en cólera al ver que aquel idiota inútil, un hombre que no es más que una herramienta con capacidad para hablar, se reía de aquel modo del percance de su amo. Mandé llamar al capataz.

—A este esclavo le parece muy gracioso que alguien se dé un golpe en la pierna. Rompámosle las piernas y a ver si se sigue riendo.

La sonrisa del esclavo se borró de inmediato. Haciendo caso omiso a las súplicas lastimeras a las que suelen recurrir los esclavos cuando se enfrentan al castigo que se merecen, el capataz y dos robustos ayudantes obligaron al hombre a tumbarse en el suelo mientras un cuarto se acercaba con una barra de hierro. Justo en el momento en que levantaba el instrumento por encima de su cabeza, mi invitado bárbaro gritó:

—¡No!

Al volverme vi que se había quedado tan blanco como una toga recién azufrada.

—¿Qué sucede?

Vi que dudaba. Lo presioné:

—¿Acaso no tratarías también así a tus esclavos?

—Nosotros no tenemos esclavos —fue su extraordinaria respuesta.

¿Te lo imaginas? ¿Una sociedad sin esclavos? ¿Cuándo se ha visto una cosa así! ¿Cómo funcionaría todo? ¿Quién llevaría a cabo las tareas más básicas, las que quedan incluso por debajo del más bajo de los hombres libres? ¿Qué haríamos con todos los prisioneros capturados en campañas de conquista? ¿Cómo exhibiría uno su riqueza? Cuando empecé a reflexionar sobre temas tan imponderables como esos, empecé a apaciguarme.

—Por favor, amo, te lo suplico —gimoteó el esclavo.

—De acuerdo.

Ordené al capataz que lo soltara y dejé marchar al esclavo con solo una leve azotaina. Lo sé, lo sé, soy demasiado blando. Pero empieza a ser demasiado habitual que los amos castiguen con brutalidad a sus esclavos por ofensas muy leves. Siempre es mejor contar hasta diez antes de actuar.

De regreso a casa en compañía de mi preocupado invitado, se me ocurrió que era muy posible que aquel bárbaro germano no fuera el único que no estaba acostumbrado a tener esclavos. Con ese fanatismo actual por algo tan vulgar como la igualdad, es evidente que la gente ya no comprende cómo hay que tratar a esclavos y subordinados. Decidí, por lo tanto, dejar constancia escrita de los principios por los cuales toda persona libre podrá garantizar la gestión eficiente de sus sirvientes.

Se trata de una tarea de vital importancia. El hombre que se consagra al desarrollo personal mediante la adquisición de poder y riqueza debe comprender y dominar todo aquello que pueda servirle para llevar a buen fin esta empresa. Jamás dejará de asombrarme la gran cantidad de individuos que ostenta puestos de autoridad y que no tiene ni idea de cómo tratar a aquellos que tienen la gran fortuna de estar a su servicio para ayudarles a hacer realidad sus ambiciones. Y que, al buscar con desesperación congraciarse con aquellos cuya lealtad debería quedar fuera de toda duda, adulen y mimen a la manifestación más inferior de la humanidad. He visto incluso a un destacado político sonreírle a una mujer que trabajaba en la calle en un patético intento de conseguir su inútil apoyo. Saber cómo tratar a lo más bajo de la sociedad, una habilidad que puede adquirirse mediante el detallado estudio del presente trabajo, aporta, por otro lado, los recursos necesarios para alcanzar la gloria. Es el secreto para alcanzar el objetivo de disfrutar de una casa que funcione de acuerdo con los deseos de su señor. Y esto es, a su vez, lo que proporciona una base de poder sólida para ascender en sociedad. Este libro te dará

a conocer las habilidades sociales con las que dominar a aquellos que tendrán que rendirte cuentas a medida que tu reputación se incremente. Por consiguiente, aconsejo a cualquier cabeza de familia que tenga en mente alcanzar un papel de liderazgo, que se esmere en consultar mi trabajo, fruto de uno de los cabezas de familia con mayor experiencia que pueda haber existido.

Creo que saber llevar una casa es toda una ciencia, lo que viene a demostrar que gestionar una casa y controlar esclavos es equivalente a ser un líder en una sociedad más amplia. Resulta imposible responder con certidumbre a la cuestión de si los líderes y los señores nacen o se hacen. Algunos griegos defienden que los hombres difieren entre sí debido a su naturaleza interior. Los que realizan trabajos físicos y manuales son serviles por naturaleza y lo mejor para ellos es estar bajo el control de personas como yo, que poseemos naturalezas más elevadas. La naturaleza, dicen, siempre ha pretendido, además, que el cuerpo y el alma de los hombres libres sean distintos de los de los esclavos. Los esclavos tienen cuerpos fuertes y adecuados para el tipo de servicios físicos que tienen que llevar a cabo. Su alma posee una capacidad de raciocinio inferior. El cuerpo de los hombres libres, por otro lado, es más erguido y no resulta útil para ese tipo de trabajo manual. Su alma, sin embargo, es inteligente. Está concebida para participar en la vida de la comunidad, sea política o militar. La naturaleza, por supuesto, también comete errores y por ello nos encontramos casos en los que sucede lo contrario: esclavos con cuerpo de hombre libre y hombres libres con solo el alma, pero no el cuerpo, de un hombre libre. Pero en general, decían los griegos, la naturaleza no comete errores. Se asegura de que todos poseamos la naturaleza más adecuada para nuestro destino en la vida.

Pero la mayoría de los romanos no está de acuerdo con esto. Creen que controlar a otro ser humano va en contra de la naturaleza. Hay tantísimos romanos —un pue-

blo que sigue dominando un gran imperio— que descienden ahora de esclavos, que sería una ridiculez creer que los esclavos son intrínsecamente inútiles. Los pensadores romanos son de la opinión de que lo único que lleva a un hombre a ser propietario de otro como esclavo son los convencionalismos sociales. Defienden que no existe diferencia natural entre ambos. Que se trata simplemente de una injusticia basada en la utilización de la fuerza. Destacan también que muchos esclavos se han comportado de manera valiente y noble en épocas de grandes crisis, lo que demuestra que no son serviles por naturaleza. Y si el esclavismo no es natural, tampoco lo es ser amo. ¡Sino que es algo que se aprende!

Roma está llena de esclavos. He oído decir que uno de cada tres o cuatro habitantes de la península italiana vive en condiciones de servidumbre. Incluso si consideramos toda la vasta extensión del imperio, cuya población no puede ser inferior a sesenta o setenta millones de personas, es posible que una de cada ocho de ellas sea esclava. Y dichos esclavos no se encuentran solo en las zonas rurales. La ciudad de Roma rebosa de esclavos de todo tipo y su población servil es tan elevada como en cualquier otra parte. La capital debe de tener un millón de habitantes, de los cuales al menos un tercio son esclavos. Y por mucho que estas estimaciones sean poco más que conjeturas debidamente informadas de quienes poseen una imaginación hiperactiva, nos ayudan a comprender la importancia que la institución del esclavismo tiene en el mundo romano. Los romanos necesitamos nuestros esclavos.

Tal vez te preguntes el por qué esta situación. ¿Qué ventajas presenta utilizar esclavos en lugar de hombres libres? Permíteme que te lo explique. En el pasado, en tiempos de la república, siempre que los romanos conquistaban una región de Italia, se hacían con parte de las tierras y la poblaban con colonos romanos. La intención era que esas colonias se convirtieran en ciudades guarnición. Pero debi-

do a las batallas, una porción considerable de las tierras quedó vacía y sin cultivar. Sus propietarios habían muerto o huido después de combatir en sus ejércitos contra nosotros, los romanos. El Senado proclamó que quien deseara cultivar esas tierras era libre de hacerlo siempre y cuando efectuara a cambio un pago por el valor del diez por ciento de la cosecha anual de cereales y del veinte por ciento de la cosecha anual de fruta. El objetivo era aumentar la población en Italia que, a fuerza de trabajo duro, produciría más alimento para las ciudades y daría más soldados para combatir por Roma en tiempos de guerra.

¡Intenciones maravillosas! Pero el resultado fue justo el contrario de lo que se pretendía conseguir. Lo que sucedió fue que los ricos se hicieron con la mayoría de las tierras que no se distribuyeron mediante ese reparto y, en cuanto se acostumbraron a ser propietarios y comprendieron que ya nadie se las arrebataría, convencieron a los campesinos pobres que seguían siendo propietarios de las pequeñas parcelas colindantes para que se las vendieran. Y si los campesinos se negaban a ello, se las arrebataban con violencia. Nada podía hacer un granjero pobre, que a menudo estaba ausente o en servicio activo, contra un vecino poderoso. Poco a poco, las parcelas crecieron hasta transformarse en grandes fincas que sustituyeron a las pequeñas granjas. Los propietarios de las fincas no querían confiar el cuidado de las tierras a los campesinos desposeídos, ni tampoco querían emplear hombres libres para trabajarlas porque sabían que, en un momento u otro, serían reclamados por el ejército. De modo que compraron esclavos y les confiaron el trabajo de las tierras. Fue un ejercicio de lo más rentable, y muy en particular porque los esclavos engendraban y criaban muchos hijos. Lo bueno de la solución era que los esclavos no tenían que acudir al servicio militar puesto que, naturalmente, el ejército no puede dejar en manos de esclavos la defensa del estado. Los terratenientes se hicieron tremendamente ricos. El número de esclavos